

con grande rapidez y alguna ó mucha confusion, ya directa é inmediatamente, ya por medio y en seguida ó con ocasion de haber proferido ó habérseme representado la palabra *azul*, se verifica en mí la representacion de un cuerpo *cualquiera* pero de ese color, (es en lo que me fijo, sin importarme nada ninguna otra cosa, y prescindiendo de las otras propiedades) y hé aquí la realizacion del juicio ó el acto preciso en que se ajusta y percibo, el valor peculiar de las dos cosas. Estos son los juicios que llaman negativos, cuya denominacion seria bueno ir proscribiendo para sustituirla con esta moderna y mas exacta: *percepciones ó juicios de distincion y diversidad*.

Es bueno ya no prolongar el catálogo de nuestras observaciones, y conformémonos por ahora con haber mencionado algunos de los errores mas notables, y con deslindar, como lo vamos á hacer, una materia, que al cabo nos ha entretenido algo mas de lo que deseábamos, para dar traza de pasar á otros análisis. Nuestros conocimientos no pueden ser sino de cosas, y pueden serlo mas ó ménos de *cosas tales como ellas son*, es decir, de cosas bajo sus varios aspectos, y en sus referencias de union ó separacion, sucesion, analogía ó semejanza, y diversidad: luego todas las ciencias ni tienen otro objeto que los séres, y siendo, como son, conocimientos no son mas que sensaciones, y juicios ó análisis que tambien son sensaciones de las que hemos dicho. Los análisis son sentimientos, conocimientos ó ciencias, luego no somos su causa; mas aunque así sea, ellos se verifican ó efectúan en nosotros al atender ó cuando nos adherimos á la fuerza excitativa de nuestra curiosidad accediendo á la sollicitacion que se nos hace para saber: es la condicion que se nos ha impuesto y necesaria en verdad, segun el órden comun que vemos en el mundo, y sin empeñarnos en cálculos sobre lo que seria en otra constitucion del universo. Síguese muy natural y precisamente, que si el saber es el objeto de la Lógica, ésta no es sino el buen análisis, y que si este es el único depositario de todos los descubri-

mientos en las ciencias y en las artes, (que tambien son ciencias, pues son cosas sabidas) y no existe mas que bajo de condicion, la sola norma que ha de ajustar nuestra conducta es la *atencion en último grado*: esta es toda la Lógica, la aguja de marear y la única rosa de los vientos que puede ser la tutela en la vasta y pesada travesía por el profundo océano de la verdad.

Leccion quinta.

De la facultad de ser afectado y de las afecciones.

Hemos dicho mil veces, pero nunca repetiremos suficientemente, que las sensaciones son unas *acciones* que están en nosotros, recaen sobre nuestro YO, pero no son *procedentes* de nuestra *persona*, sino que ella entonces es entera y verdaderamente *pasiva*, como consta por la experiencia y la razon: y si á ello se añade reparar sobre lo que tambien ya sentamos acerca del carácter atractivo que todas ellas tienen, y que se refiere á nuestra facultad de observar ó atender, comprenderemos llana y fácilmente que esas *operaciones* verificadas en nosotros tienen en sí mismas una direccion certera y determinada, es decir, un designio, porque una accion vaga no es accion sino una cosa absolutamente *pasiva*, estacionaria, inerte y capaz *solo* de que disponga ó determine de ella otro sér, el sér que así esté haciendo que exista; la Razon eterna: mejor dicho, *accion é ignorancia*, son términos que se contradicen, porque ni hemos visto jamás, ni veremos ni podremos entender cómo sea un ente que *obre* sin saber qué. La accion no es ignorante, es por esencia *SCIENTE*: el sér activo es certero, supone el *designio*, pero con una necesidad *tal*, como si dijéramos *eterna*. Cuándo, cómo y con ocasion de qué nos apercebimos de ello, ó cual sea el origen de estas ideas, no puedo explicar en esta obra tan pequeña. Despues de observar que el designio no es distinta sino una misma sustancia con la accion, y

ésta una sola y misma tambien con el ente de quien es ó procede, es deber que tenemos ensayar nuestras fuerzas para ver si alcanzamos un convencimiento, el convencimiento de que si percibir es reportar nuestro YO una accion ú operacion verificada por un ente que no es él, el designio es relativo ó se refiere á él, (á nuestro YO) porque el designio es la misma cosa que la accion, y ella termina ó recae sobre nuestra persona y esta es *el para qué* ú *objeto*; y si nó ¿á qué obrar en una cosa acerca de la que *ningunas* pretensiones se tienen? Ya hemos hecho mérito de que la causa de nuestras percepciones no es otra que la de nuestra existencia, lo que supuesto creo no haber obstáculo alguno para convenir en que el designio del ente que efectúa nuestras sensaciones, es el de que *existamos* así ó del otro modo, es decir, segun y en aquella manera en que estamos cuando se dice que tenemos una sensacion, (tomada esta palabra en el sentido estricto y ordinario), juicio, ó tambien cualquier recuerdo y representacion. Adviértase ademas, que solo el sueño ó alguna otra cosa muy extraordinaria, es ocasion de que se paralice el flujo de las sensaciones: la experiencia nos convence de que nuestro estado ordinario es el de *saber*; y yo creo que el hombre mas estúpido y grotesco *sabe* por lo ménos que para alimentarse es preciso comer algun manjar, y para esto el querer que se muevan las mandíbulas, y en fin, otras cosas por este estilo. Todo está ordenado, por tanto, á que séamos lo que debemos ser, á que *sepamos*, y aun ese plan se nos intima; (lo cual es un nuevo apoyo de mi tema) pues todas las percepciones ó ideas son atraentes ó excitativas de nuestra atencion, ó de nuestro mismo YO considerado como *adherible*, si es lícito decir así, al sentimiento, percepcion ó ciencia que se le propone: luego el punto céntrico, el estado natural ó normal, el complemento de la constitucion toda de nuestro YO es que él sepa, sienta ó perciba, que todo esto es lo mismo.—Si hay algun ente que nada sepa, lo hay que nada goce ó padezca, es decir, que ningunas afecciones tenga: cuando no se pa-

dece es porque no se conoce, y siempre que nos encontramos en aquella manera de ser que llamamos *conocimiento*, nos encontramos *con ella* la que nombramos *placer*: el incremento ó expansion del placer y del dolor, es el del conocimiento ó sensacion, mejor y mas claramente dicho, es una *misma cosa* la sensacion y el placer, son una *sola* y no distintas cosas la sensacion y el dolor. El complemento gradual de las ideas, es la aproximacion por grados al estado natural de nuestro sér, y la separacion por los mismos grados del estado de ignorancia, estado excéntrico y completamente contrario al modo con que estamos constituidos, quiero decir al fin para que se nos hace existir. Es de advertirse otra vez que como ya afirmamos tratando de los juicios, ese complemento de las ideas, se verifica aunque no por causa de la atencion, pero sí con ocasion de ella y proporcionadamente al modo con que la hubiéramos impendido. Si cuando mas conocimientos adquirimos ó mejores y mas cabales verdades poseemos, nuestro estado es el mas *propio* ó *conforme* á nuestro sér, no hay por qué resistir en convenirnos y llamarle el mas *afectivo*, como quien dice, el mas doloroso ó plácido. Al percibir dos cosas ó mas á un tiempo mismo, la circunstancia de simultaneidad no es para nosotros lo que se nombra *identidad*; pues somos apercebidos de la justa distincion, en términos tan *positivos*, que la idea de una de esas cosas *nada* tiene *en* sí que pertenezca á la de la otra ú otras, y al contrario, esta ó estas no tienen algo que esté ó sea de aquella: son ideas simultáneas, semejantes hasta lo último si se quiere, pero cada una *peculiar*, con carácter *exclusivo*, que si no fuera esto no habria cosa mas desconcertada y confusa que nuestras sensaciones: nuestros conocimientos, como faltos de *precision*, no serian sino ignorancia, y ya se vé que esta palabra contiene ó mas bien dicho, significa lo contrario á lo que la de *inteligencia*. Luego si cada accion ejecutada sobre mi YO, y á la cual llamo sensacion ó percepcion, no me revela mas que la existencia de una cosa ó un sér, ya no podré decir, que la suave armonía que

estoy oyendo es la preciosa estatua que al mismo tiempo veo: y tampoco será posible que yo me atreva á porfiar afirmando que son dos las estatuas, dos las armonías, y que por fin todas las cuatro cosas *sin dejar* de ser cuatro son *tan solo* una, gerigonza en lo absoluto inentendible que resulta de suponer dos percepciones de las que la una es netamente la otra. Jamas podrá fascinárseme hasta el grado de hacerme creer, que la belleza seductora de una mujer en la fuerza de su edad, es una cosa distinta, pero tan realmente tal de la mujer, como que á ésta se le percibe aparte, por separado de la belleza, y su idea nada contiene de lo que entendemos por belleza, bello; y el sentimiento ó conocimiento que tenemos de esa misma belleza no lleva *en sí* la idea de mujer, en términos de que á mi embaucamiento se siga el proferir con gran simpleza estas palabras: "esa mujer no es bella, sino mujer nada mas; y cualquiera cosa que sea lo que constituye eso que todos llaman belleza de ella, es otra cosa, otro ente de por sí; pero del mismo modo que la mujer no es mas que mujer, la belleza es nada mas belleza, no está ni en la mujer ni en alguna otra cosa, es decir, no es un sér ó ente considerado bajo un cierto aspecto que llaman *bello*, sino que en verdad *nada* es lo que todos entendemos por belleza de una hermosa mujer, que nada mas es mujer sin mas ó ménos belleza, y aun sin mas ó ménos fealdad, puesto que esta, aunque supongamos ya fea á la mujer, tambien es *otra cosa* que *nada* es." ¿No es para volverse uno loco este interminable remolino de palabras que impetuosas se estrellan mutuamente? Pues la misma barahunda resulta de afirmar que lo desagradable y lo plácido, maneras de ser nuestras, son acciones efectuadas en nuestro YO distintas enteramente de las que tenemos por sensaciones ó percepciones: la sensación será la revelacion que se nos hace de un ente que no es nosotros, pero *nada* mas, y el placer y el dolor, ó lo grato é ingrato será una noticia (si tal podemos decir) de un ente que merece ménos todavía que el nombre de quimérico, por la muy obvia

razon de que no es nada, y nuestra muy *positiva noticia* del dolor ó del placer, es la mas profunda y sin igual *ignorancia*. Si todavía hay quien pregunte, "¿por qué?" para contestarle tendré que repetir lo de que, cuando sentimos á un tiempo dos ó mas cosas, somos apercebidos de que la una no es las otras y al contrario, por no contener *nada* en sí la idea que tenemos de una, perteneciente á la de las otras y al contrario, sino que siendo *exclusiva ó propia cada una*, caracterizadas *peculiarmente*, son por necesidad distintas y no idénticas, es decir, no son una y sola cosa; por lo cual, si el placer es únicamente placer y el dolor únicamente dolor, (verdadera patraña sin sentido) y no son noticias de *cosas* serán unos entes aereos, serán lo que no serán, *serán nada*, y ese nombre de placer, lo mismo que el de dolor, no será signo porque no tendrá que significar, será un ruido de nuestra boca. Así es que si la experiencia ó lo que expresan con la frase, *sentido íntimo* y ademas la *razon* nos obligan á fijarnos en que hay séres hermosos ó bellos, y feos ó deformes, estamos por fuerza en el caso de convencernos de que el placer y el dolor no son acciones distintas de las que efectúa en nosotros la gran RAZON, y á las que llamamos sensaciones ó percepciones: estas están *caracterizadas ó dolorosa ó placenteramente*: son *instrucciones* gratas ó ingratas, y, ó placeres, ó dolores *instructivos*: digámoslo en compendio preciso: nuestras percepciones y nuestras afecciones son una *sola y misma ciencia*: una accion mas ó ménos *instructivo-afectiva* efectuada en nuestro YO por el gran SÉR.

Convenidos por último en que las afecciones son las mismas sensaciones consideradas bajo un cierto aspecto, nada mas natural y verdadero que asegurarnos definitivamente de que la facultad de ser afectado, es la misma de sentir ó *sensibilidad*, y en el último y mas profundo análisis la *simplicidad*, la *unidad*: luego eso que llaman ente compuesto, no puede ser afectado, la afeccion no puede estar sino en el ente *verdadero*, en el ente que sea *uno*.

Es bien inútil advertir á cualquiera de mediana capacidad in-

telectual, que no solo las sensaciones ordinariamente llamadas reales tienen la cualidad de afectivas, sino que igualmente cuentan con ella toda clase de representaciones, ya merezcan el nombre de recuerdos, ya el de presentimientos, y ni mas ni menos que unos y otros, las ideas fantásticas y toda especie de juicios. Debe hacerse notable, sin embargo, acerca de éstos, lo de que muchos de ellos á la vez que son unas maneras de ser dolorosas, lo son plácidas: ¿cuántas veces el sabor de un manjar nos desagradaba cuando el aroma suyo nos deleita? luego si el rigor de las ideas nos estrecha á precisar nuestro lenguaje, no hay mas que sucumbir é inventar ó á lo ménos modificar los signos existentes, por muy extraordinario y aun extravagante que parezca, para cumplir con el deber estricto de nivelar lo mas que fuere dable, los idiomas con los avances de las ciencias: luego si las sensaciones ó percepciones de identidad á que hemos llamado juicios, son agradables y desagradables, se entiende bajo distintos aspectos, son unas acciones no procedentes de nuestra persona, sino verificadas en ella y caracterizadas *múltiplo-simultánea-diverso-afectivamente*.

Si lo instructivo de nuestras sensaciones varía proporcionalmente á la atención, lo afectivo de ellas varía tambien y segun la constancia é intensidad de esa misma adhesión nuestra; y así como al último grado de esta sigue el último que se nos deba conceder de ciencia, y al último grado de apatía ó desentendimiento sigue el postrero de ignorancia, en iguales términos y con la misma ocasión progresará nuestro dolor y nuestro placer, ó se atenuarán hasta llegar las percepciones á sernos *indiferentes*. El estado de indiferencia no es netamente el de ignorancia absoluta, pero del uno al otro hay nada mas un grado: luego cuando decimos que un sér cualquiera nos es indiferente, tácitamente revelamos nuestra imbecilidad y nuestro ningun espíritu filosófico. Ningun sér es indiferente en sí, pero todos se encuentran ó en la línea del placer ó en la del dolor, y si á nuestro desden sigue lo

que nos aferramos en llamar indiferencia, reparemos en que ella no es mas que lo grato ó lo ingrato en su primer y muy incompleto é imperfecto estado. Medítese y entiéndase muy bien todo esto; porque ni á mí me es posible detenerme en explanaciones y penetrar en profundidades ajenas de una obra tan elemental como esta, y por otra parte es preciso que no se me atribuya gratuitamente la singular locura de querer yo nivelar la belleza de un grano de arena que vuela por los aires con la de un diamante, de una florida campiña ó de un astro: otro tanto digo de la fealdad ó deformidad.

Sea ó no una verdadera digresión el párrafo que antecede, continuemos todavía por un poco de tiempo la ordenada série de observaciones que deben constituir este capítulo. Muy claramente acabo de afirmar que ni la belleza ni la fealdad de los objetos son en el mismo grado en todos ellos, es decir, que nuestras sensaciones aunque afectivas, lo intenso de esta calidad es vario: en esta muy obvia observación eslabonamos de nuevo la materia. Mucha ó poca la intensidad del estado de dolor ó desagrado en que nos hallamos, nosotros entonces nos sentimos *dominados*, precisados *por la misma* acción dolorosa á no permanecer en ella, á no estar mas en la manera de existir verificada por la operación impendida sobre nuestro YO, y llamada *sensación ó percepción* dolorosa: el dolor en sí mismo nunca tendrá un carácter atraente, siempre será repulsivo é impondrá una *necesidad absolutamente tal*, y su fuerza si no fuera completamente irresistible importaría una contradicción el término *dolor*, porque se identificaria con el de *placer*. Jamás estaremos bien con el dolor por insignificante que se quiera suponer, nunca llegará el caso de sobreponernos á su invencible necesaria fuerza, y todo lo que podremos algunas veces reducir á transigir por el interés ó á trueque de una manera de ser plácida que coexista con la dolorosa ó á lo ménos le suceda como de ello séamos asegurados ya por un presentimiento, ya por un recuerdo de experiencia; pero entonces nuestro esta-

do es de tolerancia, y un sér que tolera es uno que soporta á mas no poder, uno que *sufre*, y en la primera oportunidad que se presente, el sufrimiento acabará á lo ménos por parte del ente sufrir, aunque como las sensaciones no dependen de él, acontecerá entonces tal vez que se prolongue aún el *padecimiento*. Luego lo que debemos entender por *dolor*, es una accion impedida sobre nuestro YO, caracterizada *instructivo-afectivo-repulsivo-incontrastablemente*.

Cuando tenemos una sensacion plácida, cuando nos encontramos en un estado agradable, somos tambien sabedores de que se nos domina, de que se ejerce una fuerza sobre nosotros para que continuemos en aquella manera de existir: el *placer* por sí, es decir, por su naturaleza tiende á la permanencia, y esa direccion, esa tendencia es lo que cabalmente lo *constituye*, ó mas bien, *es él mismo*. Si un placer, cualquiera que sea el que nos supongamos, como *tal* por lo mismo de ser placer fuera desdeñable, no habria cosa mas quimérica ni mas chocante, ó expresándonos con rigorosa propiedad, *placer desdeñable* son palabras que nada significan, *placer repugnante* son dos términos que, combinados así, podrian servir para significar una cierta cosa que *nada fuera de todo* lo que ella *fuera*, para expresar que nuestra persona se encontraba en un estado en que no se encontrara, pues ella está como no está. Puede ocurrirnos una especie que seria precursora de una fuerte alarma contra esta doctrina, pero nuestra injusticia será notoria siempre que no pretendamos la buena inteligencia de las cosas: habrá ocasiones mil en que el placer nos parezca despreciable ó prescindible, mas muy crasa será nuestra ilusion al no llegar á comprender que en tales casos una concurrencia de afecciones es todo lo que constituye el gran fenómeno. Si un estado agradable no nos parece digno de apreciarse, es porque de cualquier modo sabemos que á él acompaña ó sucede otro doloroso de mayor intensidad, ó la carencia de otro plácido tambien de mayor intensidad; pero siempre que no medie esta complicacion, *ninguna*

manera plácida de nuestra existencia, con tal que en efecto sea así, por muy poca que se suponga la cualidad atractiva podrá considerarse como repugnante ni como desdeñable: la apreciaremos debidamente, y aunque un bien estar mayor que otro se insinúe con mas fuerza, no deja de tener por eso el menor en sí un dominio irresistible. Siempre estamos con muy buena disposicion para gozar, y nunca aguardamos que, siquiera un imperceptible momento en todo el curso de nuestra existencia, nos hallemos en la situacion contraria: por lo que á nosotros toca hemos de disfrutar *cualquiera* cosa que sea, aun la mas insulsa para los demas si para nosotros es ó nos parece de otro modo: luego por fin, en los casos á que me he referido, no sucede que un placer *por lo mismo de serlo* tenga la cualidad de repugnante ó siquiera prescindible. Todas estas doctrinas recibirán su complemento en el capítulo que ha de seguir á éste, entonces nos serán mas comprensibles, y lo interesante por ahora es adoptar para la expresion del estado placentero, así como lo hicimos para el doloroso, el signo que nos ocurra combinado de tal modo, que á la vez que sea preciso, tenga la competente extension para abarcar ó que coincida con todos los aspectos bajo que debe ser considerada esa nuestra manera de existir; pero segun las teorías analizadas en este y otros capítulos, solo estas palabras nos sacan del ahogo: accion ejercida sobre nuestro YO, caracterizada *instructivo-afectivo-atraente-(ó tendiente á continuar)-incontrastablemente*.

Ahora me ocurre que en uno de los anteriores tratados nos vimos precisados á tener por cierto, que al estar percibiendo un objeto no es posible que tengamos el recuerdo de la tal percepcion, y al contrario; pues al recordárenos algo, es porque en la actualidad no se nos hace saber el tal objeto *sino por una representacion*; y lo mas que en ocasiones acaece es, que al percibir una cosa nos viene el recuerdo que nos instruye de que otra vez, *ya pasada por supuesto*, percibimos la misma. Dijimos igualmente, ó á lo ménos indicamos con harta claridad segun parece, que toda

clase de representaciones son como los recuerdos, es decir, que al tenerlas es porque están ausentes de nosotros los seres á que se refieren, de manera que entonces carece de ellos nuestro YO y solo los posee representados: un estado semejante de nuestra persona merece en rigor el nombre de *representativo-carente*. También antes de ahora, no mucho há, que con harta razon nos convencimos de la existencia de la cualidad afectiva en toda especie de representaciones y juicios.—Cuando nos es grata una representación, es precisamente porque ella se refiere á una sensación grata y si es dolorosa indudablemente hace relación á un mal modo de existir nuestro. En fin, para no multiplicar las citas y dilatarnos más, fijemos desde luego la atención en aquello que casi en toda hora y diariamente nos abrumba á los débiles hombres, en aquellas representaciones de cosas agradables, de maneras de estar nuestras plácido-afectivas acaecidas ya en otro tiempo ó no acaecidas, pero consideradas por nosotros como que acaecidas de ahora en lo sucesivo pudiera suceder encontrarnos en ellas: unas impresiones ó percepciones representativas de cómo estuvimos ó de cómo estaríamos ahora ó en lo sucesivo caso que se nos fueran proporcionadas las sensaciones reales á que se refieren, hé aquí lo que hay en semejantes ocasiones. A esto han llamado *privación*, esto es lo que se pretende expresar cuando se dice está uno privado de una cosa, de un bien: es un estado carente-actual-representativo-plácido-ingrato. (*) Quien al parecerle contradictorio este signo de nueva invención, no retrocediere para analizar con mas exactitud, claro es que no podrá escapar de un fallo mucho mas justo que el suyo.

Yo creo que no me es necesario mucho afán para persuadir que el placer es nuestro *verdadero* estado normal, quiero decir, propio y natural como ordinariamente nos explicamos; porque es un estado que tiende á perpetuarse ó ser duradero.

También creo que todos concebimos muy bien y tenemos una

(*) Sin contrariar este concepto adelante se explicará aún.

idea, que ahora diré cuál es, sin meterme á indagar cuándo fué la primera vez que la tuvimos, dónde, con ocasión ó en seguida de qué. La tal idea, es una verdadera *representación* que algo nos instruye de lo que sería nuestro *óptimo* estado: y no hay que luchar con dificultades para convencerse de que nuestro *bonísimo* estado sería aquel placer ó ciencia plácido-afectiva, cuya intensidad fuera tan grande, cuya tendencia á durar fuera tan irresistible é imperiosa, que estuviera en su último grado, que fuera total y absoluta, que no fuera posible encontrarnos en otra manera de existir mas *satisfactoria* que ella: un placer que ni tuviera término ni interrupciones, y de carácter tan invariable, que su intensidad jamás desmereciera ni tampoco progresara por ser ya un imposible: un placer que ni siquiera la mas pequeña é insignificante dolorosa sensación real y ni aun representación lo acompañara ó coexistiera con él. Acabamos de decir que esa idea es una verdadera representación, y ello es tan cierto como que ni tenemos ni hemos poseído alguna vez ese grande y no solo, sino *cabal* y *máximo* placer: y como esa idea no es ingrata, muy bien merece, á no dudar, el nombre: manera de existir nuestra *óptimo-representativa* de una sensación ó percepción, de un estado de nuestro YO, y no como quiera, sino de un estado *óptimo-interminable*. Hé aquí que advierto no poderse hacer mas detalles acerca de la idea que tenemos de lo que exactamente llamamos un placer cumplido, puro y perfecto.

Lección sexta.

De la voluntad y de las voliciones.

Al análisis que he hecho de las facultades de nuestro YO, no podrá negársele la calidad de riguroso; pero es aun incompleto y necesitamos llevarlo á cabo, y hé aquí lo que me propongo en el presente capítulo: si, como lo espero, salimos airosos del compro-